

La mirada. Textos sobre cine

Título:

Días soporíferos

Autor/es:

Garay, Jesús

Citar como:

Garay, J. (1978). Días soporíferos. La mirada. (4):74-74.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41598>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



DIAS SOPORIFEROS

(Días tranquilos en Clichy de J.J. Thorsen)

Jesús GARAY

Antes que nada agradezcamos a Jens Jorgen Thorsen el hecho de que debido a su iniciativa los expertos en biografías heterodoxas o de personajes idem, la famosa pareja Russell y Cavani, se hayan quedado sin un apetitoso bocado adaptativo. (Hollywood quizás también debió acechar aquellos días gloriosos de Henry Miller en París que, además de escandalosos, hubieran sido susceptibles que en su nombre se levantara la reconstrucción al uso: unos años treinta sepia y tal. Pero el Código vigilaba: el tal artilugio legal, según como se mire —y como nuestra reciente historia cinematográfica en ciertos casos muestra— especie de ángel guardián para muchas pupilas).

Pero lo cortés no quita lo valiente.

No tuvo en cuenta el tal danés, quizás por primerizo —aunque un cineasta como Pasolini cometió parecido error en su último film (con tantos y sonados a su espalda)— que el problema de las equivalencias de escrituras, propósitos de fidelidad y trasvase de lenguajes —en este caso los grados de trempa y de humedad ¡que coño!— de la letra impresa a la pantalla tienen un proceso de reconversión preciso y complejo, siempre reñido con una espontaneidad (y “frescura” al decir de la publicidad; “frescura y media” añadimos nosotros, pero por otros motivos) cuya razón, así al menos parece proclamarlo la factura final del asunto, sólo responde a las prisas.

No preveyó el danés que los ritmos diafragmáticos en lecturas tan dispares no suelen coincidir. Vaya esto a cuento de un film donde lo que era excitante en su equivalente literario —cuya transcripción se pretende respetuosa— lo que era excitante, se ve aquí asaltado —junto con el espectador— por el soponcio de la tediosidad. (Y tenemos en cuenta que en 1969, el impacto visual de ciertas imágenes era mayor que en la actualidad. Pagamos aquí una vez más la práctica, que comienza a ser exasperante, de ver films con una década de retraso. Bien es verdad que el hecho de que dichas producciones ni tan siquiera hayan aguantado unos años sin convertirse en vetustas —desgraciadamente el doriangraismo es cosa cada vez más difícil de encontrar en el cinema— devuelve la culpa del asunto al film que nos ocupa.)

Pues bien, *Stille Dage I Clichy* posee la inversa virtud de recordarnos cuan nefasta fue su época de producción para el cinema: la onda expansiva de una “nouvelle vague” mal asumida arrasaba continentes: en cierto aspecto, más que ola, podría ser un maremoto (si no mirensen las castigadas costas de Barcelona).

En fin, que no basta con manifestar una voluntad respetuosa con ciertos itinerarios de la escritura, aquellos más evidentes cuya plasmación se confía a la organización sonora —dicho más claramente, al recitado del texto literario—, o en un colmo de la originalidad a la sustentación de tal referente por medio de letreros sobreimpresos (en ocasiones a la manera de los “bocadillos” del comic) que intentan resolver bajo el recurso del “desenfado” el arduo problema del monólogo literario transcrito a la pantalla. Y no basta finalmente, para justificar la ligereza de planteamientos y actuación —en una época en que la mística de la espontaneidad en lo filmico alcanzaba su punto álgido—, con la desafortunada mención al “estilo Godard”, cuando éste, en el 69 había roto (más que perdido) las cartas de navegar. En definitiva, consiguió aún una década antes el cineasta suizo —por acabar citando a quien Jens Jorgen Thorsen se muestra más empeñado en recurrir en el terreno de lo filmico— más erotismo mostrando la camiseta de Jean Seberg (con la letra gótica del “Herald Tribune” incluida) que los doce coitos que el danés nos planta en la pantalla.